

CRÓNICA DE BADAJOZ.

PERIÓDICO DE INTERESES MORALES Y MATERIALES.

Se publica en los días 3, 8, 13, 18, 23 y 28 de cada mes.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En toda España, 5 rs. al mes.—En Portugal, 18 rs. trimestre. Anuncios, 1 real por línea para los no suscritores. Los que lo sean tendrán derecho a que se les inserte una vez al mes un anuncio que no pase de 10 líneas. Si escudiere de este número, pagarán medio real por cada una de las que resulten de exceso.—Los comunicados, a precios convencionales.

PUNTOS DE SUSCRICION

En la administración del periódico, calle de el Alamo, núm. 10. Los señores de fuera de la capital que deseen suscribirse, se dirigirán al administrador de la Crónica, acompañando en libranzas ó sellos de franqueo el importe de un trimestre.

Crónica de Badajoz.

DE LA EDUCACION

Á INSTRUCCION DE LA MUJER.

Continuacion.

Cuando el cristianismo aparece, consigue disipar el error y vencer la ignorancia de los pueblos antiguos, respecto á los derechos de la mujer. El logra con su santa doctrina romper las cadenas que al servilismo, al fuego de las pasiones y á la mas degradante condicion la sujetaron: él alcanza con sus saludables máximas regenerar la sociedad, destruir el espíritu de desorden y destruccion que reinaba en el mundo, y establece en los corazones los más sólidos principios de moral. Así, dejó espedito el camino y trazó la senda que conducirnos debia al conocimiento de nuestra libertad, de nuestros deberes y derechos. Educando á la juventud é ilustrando al pueblo, puso un dique al torrente impetuoso de los bastardos deseos, purificó la corriente emponzoñada que amenazó acabar con el hombre, é hizo ver que es infinitamente mas ilustrada la tosca razon de un labrador cristiano, respecto á su origen y destino, que la mas sublime de los grandes filósofos de Roma y Grecia.

Entonces se levanta la mujer de la abyeccion en que yacia, y con los encantos de la virtud, la belleza del corazón y la idea de todo lo noble y elevado, aparece majestuosa, realiza sus gracias, aumenta su hermosura y ejerce sobre el hombre ese ascendiente de que la despojaron, pueblos bárbaros ó envilecidos. Con conciencia verdadera de si misma, comprendiendo su mision sobre la tierra y fortalecida con las máximas del Crucificado, sacude el yugo que la oprimia, se coloca en el rango que le pertenece, y disfrutando de sus prerrogativas, con la cabeza erguida y el ánimo sereno, desafía al tirano que su con torpe desvario pretende usurparle su libertad moral é imponerle sus deseos ó caprichos. Ocioso seria repetir aquí los nombres de tantas heroínas, que como como Santa Librada, Santa Paula y Santa Catalina, arrostran con faz serena los sufrimientos del martirio, antes que ceder á las

estúpidas instancias de los despotas.

En la Edad Media la vemos ya ocupar un puesto distinguido. En aquel tiempo en que la pureza de costumbres, el valor y la práctica de las virtudes eran emblema indispensable para todo caballero, el bello sexo ejercia una influencia poderosísima. En las justas y torneos, brillantes ejercicios por mas de un concepto, en que se disputaban la gloria esforzados paladines, él animaba y daba fuerzas al valor; y su admiracion y su cariño eran el resorte mas poderoso para las acciones mas heroicas. Los hombres, que entonces hacian la apotheosis del amor á la gloria, y del amor á la hermosura, poniendo en vibracion estas delicadas fibras de su alma, daban relevantes pruebas de grandeza á la par que de heroismo. Y el que habia manchado el lustre de su linage con una accion que le rebajase, él que en cualquier trance marcial no habia mostrado su arrojo, él que oscureció el brillo de sus virtudes con la mas ligera nube, llevaba el estigma del desprecio y la degradacion. Para este, las puertas del palenque permanecian cerradas, é indigno era de aspirar al amor de la mujer, objeto en esta época de tanta veneracion como de estima. Tan arraigados estaban las virtudes y la nobleza de los hechos, y tal era el respeto á la mujer debido, que los caballeros, por mas que ostentasen cintas ó bandas con que ella premiaba sus proezas, no se creian dignos de semejante recompensa, mientras nuevas acciones no añadiesen un título mas á sus merecimientos. Así pues, bajo tales insignias latian con fuerzas corazones ávidos de gloria, entusiastas de todo lo digno, que á la vez que respetaban á la mujer y la amaban con frenesí, la ofrecian los mas grandes ejemplos de moralidad y abnegacion.

Véase como ella sabe corresponder dignamente, inspirando los mas grandiosos pensamientos, revistiendo sus actos de una majestad encantadora, iluminando sus hechos con una aureola seductora de bondad, alegrando la vida con sus gracias y poetizándola con sus virtudes. Véase como alienta é infunde el valor en aquellos improvisados ejércitos, que, sin otro guia que un pobre hermitaño, sin otro emblema que la Cruz, se precipitan sobre Siria y arrancan los Santos Lugares

del poder mulsuman. ¡Qué grande, qué hermosa figura representa entonces! Si el guerrero busca en esta edad la gloria en el ardor de la pelea; si el inspirado artista lega á la posteridad soberbios monumentos que asombran por su grandeza; si las empresas mas gigantes se acometen, quiza mas que el renombre y la admiracion futura ansian y buscasen sus autores solo la admiracion y cariño de la señora de su amor. Esta fué la consideracion que la mas bella mitad del género humano llegó á alcanzar con justicia, y este el prestigio que disfrutó.

Tiempo es ya de que nos acerquemos á nuestro siglo y contemplemos la esfera en que la mujer se agita, la distincion que le merece y el lugar que entre nosotros se le reserva. Pero, triste es confesarlo: en una época en que, como esta, el genio se despierta, el hombre se ilustra y hace rapidísimos progresos hacia su perfeccion; cuando no pasa un día sin que un nuevo descubrimiento ensanche el camino de nuestra felicidad y ventura, pasan, sin embargo, las horas, los días y los años, sin que nos dediquemos á resolver un gran problema de nuestra sociedad y con el que está mas directamente enlazada nuestra dicha: «La instruccion y educacion de la mujer.»

Con afán y noble estímulo el hombre procura profundizar las ciencias; ya sorprende la naturaleza y le descubre sus mas recónditos secretos; ya salvando distancias se trasporta con pasmosa rapidéz de un punto á otro; ya confía sus pensamientos y deseos á un hilo eléctrico, y con una velocidad que maravilla se pone en relacion con los habitantes de los pueblos mas lejanos; lleva allí la actividad ó la inercia, la vida ó la muerte, y ya en fin, como si aun esto no le satisficiera, no cesa en sus investigaciones, poniendo en juego y desarrollando en beneficio propio, esa facultad, destello divino que lo constituye señor de todo lo creado. ¿Y será el bello sexo quien le inspire como en la Edad Media? ¿Será él quien fomente ese fuego santo del saber, ese empeño decidido á escudriñar el mundo en sus arcanos y elevarse por su inteligencia á tan grande altura? No, seguramente.

Por desgracia, ni la educacion que la mujer recibe, ni la instruccion de que es objeto, ni el lugar que se le reserva en nuestras sociedades, puede

darle esa participacion tan inmediata, ese ascendiente tan directo que en aquel tiempo alcanzó. Dicho se está que no queremos referirnos á esos puntos donde, no habiendo cundido aun la luz de la civilizacion, sus habitantes viven todavía en las tinieblas de la ignorancia. Mas aún cuando así sea, impulsado hoy el hombre de los más civilizados países, por cierta clase de filosofía, ha caído en el mas ridiculo positivismo. Para él no hay accion útil si no contribuye á su bienestar, cuidándose poco de la moralidad de sus actos con tal que produzcan aquel. Esta es la causa porque tambien materializa los atractivos de la mujer y ha hecho decaer aquel respeto tan ideal y poético que otros tiempos le tributaron.

No se oculta al sexo masculino el valer é importancia del otro; la amabilidad, la hermosura, la agudeza de ingenio de este no deja ya de fascinarle; tampoco pasan desapercibidos tanto otro méritos que posee, pero preciso es conocer que el hábito del positivismo embarga nuestros sentidos, recrea nuestra vista, extasia nuestra alma, haciéndonos mirar á la mujer por el prisma de lo útil y ventajoso. Este cáncer deja sentir sus efectos en todas las clases y categorías de la esfera social, y pobres y ricos, y nobles y plebeyos, admiramen aquella su hermosura, su cana ó sus riquezas, en cuanto puede satisfacer su excesivo amor propio.

(Se continuara)

Si es decreto providencial, que el hombre se perfeccione, á medida que sea mas estenso el conocimiento que adquiera de las leyes de la naturaleza, y como legítimo corolario de este principio, el gran problema de la humanidad, la brillante meta hácia la cual debe dirigirse el magestuoso convoy de la civilizacion, sea realizar la asimilacion de las infinitas fuerzas de la creacion, en pró de las necesidades del hombre; nunca deberemos pasar en silencio cualquiera generosa aspiracion á llenar un vacío en el campo de la ciencia, á abrir un nuevo cauce á la actividad inteligente.

Todos los que se dediquen á la importante, económicamente considerada, profesion de ganadero, habrán notado con dolor, la completa ignorancia en que nos encontramos respecto al conocimiento de razas indijenas, su mejoramiento, la conveniente higiene para su mejor conservacion y desarrollo, y sobre todo en cuanto al diagnóstico y tratamiento de las repetidas enfermedades que bajo la terrible forma de epidemias diezman nuestros ganados.

Y ante las, aunque escasas, nociones

económicas que van apoderándose de los ánimos, no descenderé á patentizar el interés común de la sociedad, en evitar esas pérdidas de riqueza, verdaderas evaporaciones de la bálbula social.

Bien sé que el abandono que lamenta tiene un carácter casi universal, el dar un nombre, no es crear una ciencia, componer la palabra *Zoo-tecnicia* no es haber constituido la ciencia del cultivo y mejera de los animales útiles al cultivo del hombre; las ciencias de observación por su índole especial, son laboriosas en su periodo constituyente, el edificio se eleva penosamente piedra sobre piedra, pero dichos aquellos que asientan los primeros sillares.

Por eso hemos acogido con júbilo la idea, que bajo la modesta forma de anuncio ha lanzado el veterinario de esa población, Sr. D. Félix Llorente y Fernández, al ofrecer sus servicios á los ganaderos de este país, evacuando facultativamente las consultas que se le hagan sobre afecciones de los animales domésticos.

Creo que al Sr. Llorente, cuyos conocimientos en zootecnia, me patentiza la sola enunciación de sus propósitos, no se le ocultarán las dificultades con que tendrá que luchar para que se conozca la importancia de la ciencia que quiere generalizar. La desconfianza de todo lo nuevo, las infinitas y concienzudas objeciones que necesitará hacer para ir formando cuerpo de doctrina, son bastante carga para abrumar el ánimo que no esté poseído de un verdadero entusiasmo científico. Pero en cambio, ¡cuánta brillantez y conveniencia, existen en los deseos del señor Llorente y de cuánta utilidad deben ser en una provincia como la nuestra, cuya principal riqueza consiste en sus variadas ganaderías!

Yo por mi parte, y conmigo todos los que además de su interés particular, tengan en algo de la provincia que habitamos, debemos dar el mas cumplido parabien al Sr. Llorente por su feliz pensamiento, y secundándole por nuestra parte, habremos contribuido aunque levemente al mejoramiento de nuestra patria.

J. V.

Hemos oído decir que luego que se tenga noticia de cierta partida, las puertas de esta capital se abrirán mucho mas temprano que ahora y se cerrarán mas tarde.

Celebraremos que así suceda.

Pronto se concluirán los estudios de un camino vecinal de la Puebla de Alcocer á Navalvillar de Pela y se comenzarán los de otro que comience en Aceuchal y termine Almendralejo.

Parece que sigue muy aliviado el Excmo. Sr. D. Manuel Arizcum, Capitán general que ha sido de este distrito.

Tenemos una satisfacción en manifestarlo.

Nuestro ilustrado colega *La Enseñanza* publica una esposición que los profesores del Instituto de Logroño, dirigen á las cortes pidiendo que se declaren derechos pasivos al profesorado.

El Perú ha hecho alianza con Chile, y declarado la guerra á España.

Ocupense de nuevo las islas Chinchas, para indemnizarnos de los gastos que la guerra que sostenemos en el Pacífico ocasiona; castiguese á aquellas repúblicas de una manera que conserven de nosotros eterna memoria, y luego que chillen cuanto quieran.

Esto no quiere decir que no estemos conformes con que luego se siga una política prudente para evitar en cuanto sea posible nuevos conflictos.

El Sr. Presidente del Consejo de ministros ha leído en el Senado un

proyecto de ley, fijando las fuerzas del ejército para el próximo año económico, en 85.000 hombres.

Nuestra escuadra en el Pacífico tiene en su totalidad seis fragatas y una goleta con tres mil setecientos ochenta caballos de fuerza y doscientos cuarenta cañones.

La fuerza total de Chile y del Perú es de ciento ochenta y cinco cañones y tres mil caballos; estas cifras demuestran la superioridad de nuestras fuerzas navales comparadas con las de nuestros enemigos.

COMUNICADO.

Sr. Director de LA CRÓNICA DE BADAJOZ.

Muy señor mío: dos personas cuyos nombres no queremos manifestar hoy, por no avergonzarlos, pero que habremos de revelar otro día, si siguen, dando pruebas de sus nobles instintos, vertieron la calumpniosa especie de que nosotros pertenecemos á la policía secreta.

Noticiosos de estos nos avistamos con esas personas, que negaron rotundamente haber propalado semejantes especie, asegurando que siempre han tenido á los que suscriben por honrados trabajadores, pero no contentos nosotros con esta manifestación, hemos querido hacer público lo ocurrido, por si algunas personas, partiendo de ligeras, y dando al olvido nuestros antecedentes, han podido creer que nosotros eramos individuos de la policía secreta; cuerpo que ni siquiera sabemos que exista.

Concluiremos retando á todos los que nos calumnien á que prueben que jamas hemos dejado de ser nosotros honrados trabajadores.

Sírvase V. dar cabida en su apreciable periódico á estas líneas, por lo que anticipadamente le dan las gracias sus afectísimos s. s. q. b. s. m.. —Manuel Segundo Lara.—Manuel Corrales.

Badajoz 3 de Marzo de 1866.

Variedades.

LA LOCURA CONTAGIOSA.

ANÉCDOTA DEL SIGLO XVII.

(Continuación.)

Magdalena.—Es que hay otra cosa, y á fé que el señor Cura me dá la razón. Mi madre, doña Leonor de Cortinas, que santa gloria haya, ¡me tiene dicho tantas veces, afligida de la traviosa índole de mi hermano, me tiene repetido tantas veces llorando, que las lecturas de su hijo habian de dar que decir al mundo! Las predicciones de los padres....

El Cura.—(Tomando el chocolate que trae la criada.)—Ciertamente son avisos de Dios. (Ap.—Agasajo de chocolate como este, bien se podía perdonar.)

El Médico.—(Despachando su picara.)—Pero esas risas pueden provenir de que el señor hermano tenga algun motivo oculto para estar contento; acaso sus negocios prosperan....

Magdalena.—¿Qué han de prosperar señor Doctor de mi alma, si jamas se ha visto peor? En otro tiempo escribía comedias que le daban algo de sí, por que los comediantes y el auditorio las recibian bien; pero ya dicen todos que ha perdido la gracia, y que ni aun sirve para componer cópulas de ciego. Acomodo estable no ha podido lograrlo nunca; las cobranzas esas que tenia le ocasionaban continuos viages y desazones, y le rendian muy poca utilidad; como fué soldado, no se dá maña para hacer la corte á los señores de ella, y así ninguno le atiende; con que ya vé vuesa merced ¡qué motivos

de alegría le asisten! Pero lo mas particular es que desde que le ha acometido esa mania, se rie de cualquier cosa por sencilla que sea, y le ocurren unas bobadas, que jamas se han visto en él ni por pienso; pues seguramente que nunca ha pecado de bobo mi hermano de madre. Figúrense vuestas mercedes si es para tratar el caso que voy á referir, que es el primero en que yo reparé. Recien llegado mi hermano de Sevilla, tuvo que tratar con un Labrador de Sepúlveda no sé que asuntos correspondientes á la administración de unas tierras de aquella villa; y como en la lista de ellas hubiese una, sita en un término que parece llaman de *Sancho Pulza*, no bien oyó este nombre mi bien hermano, rompió á reir como un montecato, diciendo: «¡Famoso nombre, mudándole algo! ¡Famoso!» Porfiaba el Labrador que no habia que mudar al tal nombre nada, mi hermano que sí, y anduvieron de este modo altercando media hora, hasta que se separaron los dos: el Labrador harlo mohino, y mi hermano muy satisfecho. Pocos dias despues habiamos salido él y yo á dar una vuelta fuera de la ciudad, y al subir una loma, encima de la cual habia un molino de viento, vimos que un muchacho se agarró á se dejó coger, no sé como, de una de las aspas del molino, que le volteó y arrojó á gran distancia, dejándole sin sentido del golpe. Yo me asusté de manera que no pude dar un paso para socorrer al chico; mi hermano acudió á él, le alzó, y le hizo volver en su acuerdo; pero ¡querrán vuestas mercedes creer que mientras le levantaba y hacia por volverle en sí, no paraba de reirse, exclamando: «Tambien es rara casualidad! ¡vaya, que no puedo contener la risa!»

El Cura.—Poco cristiano es en verdad eso de alegrarse del mal del prójimo.

El Doctor.—Que se alegre un médico de que se le presente ocasion de hacer una buena cura, pase; pero un ingenio lego no está en igual caso. Con todo, aun eso no prueba que el amigo se halle fuera de juicio.

Magdalena.—Pues vaya otro pasito mas. Vuesa merced, si no me engaño, es pariente de aquel famoso Juanelo Turriano, el del artificio para subir el agua del Tajo á Toledo.

El Doctor.—Cierto que sí.

Magdalena.—Vuesa merced mismo es quien me ha contado aquel lance de Juanelo con el Emperador...

El Doctor.—En efecto, yo he sido.

El Cura.—Qué lance es ese?

El Médico.—Uno que no deja de ser curioso. Cuando el César Carlos V, habiendo renunciado las coronas imperial y real, se retiró al monasterio de San Jerónimo de Yuste, Juanelo deseoso de dar á su Magestad un buen rato, construyó una máquina de figuras de movimiento, que representaban la batalla de Pavia. Dada cuenta de sus intenciones á los monjes, ellos le proporcionaron con todo secreto sitio á propósito en que armar su tramo, y cuando estuvo lista, dejaron al Emperador que viniera á ver una curiosidad de buen gusto. Holgóse mucho su Magestad con ella, porque el sitio de la pelea estaba representado al vivo, y las operaciones de los dos ejércitos perfectamente imitadas. Pues como la figura del Rey de Francia hiciese que se retiraba en derrota, y se hubiesen atascado con no sé que tropiezo, las de los nuestros que le perseguian, el Emperador, que tenia los ojos fijos en ellas, como si mismamente estuviese viendo combatir hombres de carne y hueso, se dejó por un momento llevar de su imaginación guerrera y fogosa, y exclamó á voz en grito, cual si estuviese mandando sus invictas escuadras: «Corre, Juan de Urbieta; Diego de Avila, corre; que se os escapa el Rey Francisco.» Figúrense vuesa merced, señor Cura, qué efecto harian estas expresiones en todos los circunstantes! aunque casi todos eran monjes, padre hubo que se arrojó á coger del pescuezo al Rey francés para que no se nos huyera.

El Cura.—Yo, por mi, le juro á vuesa merced que mas hubiera querido presenciar ese lance, que ser presentado para la mitra arzobispal de Toledo

Magdalena.—Pues bien; refiriéndole yo ha pocos dias ese acontecimiento á mi hermano, soltó tambien una carcajada diciendo: «¡brava aventura para achacársela á un titerero!»

El Médico.—Tratar de titerero á Juanelo, al insigne mecánico, mi pariente! Vamos, no tiene duda: el hermano de Magdalena está loco.

Magdalena.—Pues ¿y lo que hoy decia acerca del piadoso robo del cuerpo de San Juan de la Cruz?

El Cura.—¿Qué? ¿se divierte tambien el señor hermano á costa de los siervos de Dios?

Magdalena.—No; pero dijo que el habia de dar el merecido al comisionado que hizo el robo, y al Vicario y Prior del Carmen que lo consintieron.

El Cura.—Y ¿quienes lo que queria dar á los reverendos?

Magdalena.—Una buena paliza por mano de que se yo que personaje.

El Cura.—Palos á ministros de los altares! Vamos, no se puede ya dudar que ese hombre está loco.

Magdalena.—¡Gracias á Dios que se convence vuestas mercedes!

Quedó, pues, con esto calificado de demente el risueño y hasta ahora invisible hermano de la Beata; y habiendo conferenciado entre sí los tres calificadores acerca de quien habia de ser el que hablase primero al enfermo, para inducirle á ponerse en cura, hubo de recaer la elección, como era natural, en el padre de almas, el cual levantándose y encomendándose á San Ildefonso abrió la puerta del cuarto donde se hallaba el paciente, y colóse dentro con un *Ave Maria*, seguido de la pregunta: «Que hace por aqui un hombre?» Era la pieza grande, y el Cura habia cerrado la puerta conforme antes estaba: el Doctor y Magdalena se pusieron á escuchar con grande ahínco, y aun miraron por el agujero de la cerradura; pero no lefué posible ver al maniático ni al Cura, ni oírles palabra durante un breve rato, hasta que sonó de pronto un duo de carcajadas, en el cual el buen Cura reía mucho mas recio que el presunto loco. Miráronse atónitos el Doctor y la Beata, la cual como si súbitamente se sintiera agitada de inspiración profética, prorumpió, enclavijando las manos y alzando los ojos al cielo (es decir, á las bovedillas de la sala): «Ay! señor Doctor de mi vida! ¡si será locura contagiosa la de mi hermano y se le habrá pegado al Cura!—Oiga vuesa merced, contestó el Doctor; pues no lo diga de chanza; que es cosa que puede suceder, y á fé que esta vez no las tengo todas conmigo. Sin embargo, voy á entrar y á preguntarles de qué se rien, porque á nosotros, los de la profesión como ya nos conocen, no se nos agarran las enfermedades.» Y diciendo y haciendo, encajóse en el cuarto. Siguióse á su entrada rumor confuso de cumplimientos de bienvenida, y luego otro rumor mas suave que Magdalena no acertó á discurrir, aunque se parecia al susurro que hace una persona que reza; y por ultimo tornó á resonar otra salva de risotadas, aun mas estrepitosa que la anterior, por el refuerzo del nuevo auxiliar, cuya voz aun sobresalía de la del Cura. Aquí fué la confusión y apuros de Magdalena. «¡Tambien, exclamaba, tambien el Doctor se ha contagiado! tambien el médico se vuelve loco!»

En medio de esta tribulación é invocando uno por uno á todos los santos del calendario, la hallaron cuatro nuevos personajes femeniles, que aparecieron en la sala: dos jóvenes y dos respetables matronas. «Catalina, Andrea, Inés; Constanza! exclamó Magdalena fuera de sí, dirigiéndose alternativamente á cada una: mi hermano se nos ha vuelto loco, y comunica su locura á cuantos le hablan.—Loco mi marido!—¡mi padre!—¡mi hermano!—mi

tiol exclamaron á la vez las cuatro.—Pues ¿qué sucede? ¿Qué has notado en él? preguntó Catalina.—Que ha dado en la manía de reirse de todo: y á todos les entra hoy la misma manía en oyéndole: escuchad, escuchad, ¡qué carcajadas dan allá dentro el Cura de San Ildefonso y el doctor Turriano! —Es menester que yo aclare esto, dijo Catalina no poco turbada. y pasó al cuarto que parecia haberse convertido en el templo de la alegría. A los dos minutos, ya reia Catalina como los demás. Fueron entrando sucesivamente atraídas de la curiosidad mezclada con una buena dosis de miedo, doña Andréa, Isabel y Constanza, y á todas tres sucedió lo mismo: de manera que á lo último, reunidas las siete voces ó risas, cada uno de tono y sonido diverso, formaban el coro mas bullicioso y vario que imaginarse puede. Llamaban á gritos los de adentro á Magdalena; pero ella les respondia mas recio. «No en mis dias: ¡guarda Pablo! Ne quiero reirme, no quiero perder el juicio.—Tú estás libre de eso,» respondió desde adentro una voz un poco tartamuda, y un instante despues, vista la terquedad de Magdalena, que no consentia en moverse de la sala, salieron á ella los que estaban en el cuarto; el Cura y el médico; las dos jóvenes, las dos señoras mayores, y detrás de todos un hombre que rayaba en la ancianidad, de regular estatura y agradable aspecto, buen color, ancha frente, ojos vivos y nariz aguileña, el cual traia unos papeles en la mano. Salian todos fatigados de lo descampadamente que habian reído: y el Cura, dirigiéndose á Magdalena, le dijo: «No tenga vuesa merced cuidado; que, por ahora la razon de mi buen feligrés el alcalaino, se halla mas que medianamente firme, sin embargo que tengo para mi que la prediccion de la difunta doña Leonor, su madre, ha de ser en cierto concepto ampliamente cumplida: las locuras escritas de su hijo el manco han de resonar en todos los ángulos de la tierra.—Mira, dijo entonces el hermano, alargando á la Beata los papeles que habia sacado: mira lo que tan ocupado me trae hace algun tiempo, y lo que tanto ha divertido á estos señores.» Magdalena tomó los papeles, y leyó este rótulo en la cubierta: El

ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha, compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra.

JUAN EUGENIO HARTZEMBESCH.

Gacetas.

Asuntos locales.—D. Celestino ha vuelto á empuñar el baston. O lo que es igual, el baston está de nuevo en manos de D. Celestino.

Dicese que cuando papá suegro supo esta grata noticia exclamó, alborozado: ya mandamos de nuevo: que vengan ahora hablando de que limpie el pocito de mi casa morada y el de la otra que tengo arrendada á...—Cuernos! y cuanto me han aburrido con los tales pocitos; pero yo prometo que ahora se llevan chasco los periódicos.

Tenemos entendido que un gran número de personas se han dedicado á hacer zaucos, que piensan vender á buen precio.

No lo extrañamos; porque los zaucos son hoy necesarios para transitar por las calles de esta poblacion.

De fijo que se apresurarán á hacer acopio de ellos los vecinos de la calle del Alamo.

Y á propósito de la calle del Alamo: ¿quiere D. Celestino darse una vueltecita por ella?—Ya verá los efectos de la obra consagrada, y podrá deducir los trabajos que pasarán las personas que viven en dicha calle y las que por desgracia tengan que transitar por ella.

«Pero ya se ve: como aqui cada cual hace las obras segun le parece é interceptando la via pública, sin que se le importe un comino incomodar al público... Nada, viva la Pepa, y viva la libertad.

Y luego dirán que no se disfruta de ella en España, en general; y en Badajoz en particular!

La calle de Hernan Cortés sigue en el mismo estado.

Hemos oido que D. Celestino estaba decidido á mandarla empedrar, precisamente cuando las nubes empezaron á ponerse llozosas, y que por este incidente suspendió el que se llevara á cabo su decision.

Otras muchas calles se encuentran en un estado lamentable; pero no se piensa en arreglarlas.

No por falta de voluntad en el Ayuntamiento, si no por falta de fondos. Todos los

que habian se han consumido en las obras del jardin inglés.

En cuanto los haya, desde luego se comenzará á hacer el arreglo.

No lo duden ustedes.

Como tampoco deben poner en duda que con el frio se han puesto mas moradas las chatas de D. Pepito.

«Mi cocinera me trae desde hace dias una ensalada malísima.

Me he quejado y dice que no tiene la culpa; que los talaveranos que antes tenian la costumbre de traer legumbres á la plaza, se retraen ya de hacerlo, porque como no pueden entrar en la ciudad, por estar cerradas las puertas, hasta despues de las 7 de la mañana, les es imposible realizar temprano la venta y regresar á su pueblo á la hora que solian hacerlo.

«Vean ustedes como una medida que Dios quiera desaparezca pronto, es causa de que los talaveranos opten por el retraimiento, de que mi criada no compre buenas lechugas y escarolas, y de que yo, el último mono, tenga que apechugar con una ensalada verde y dura.

El Album de las familias.—Hemos recibido el número 22 de esta publicacion que trata de las materias siguientes.

«La verdadera resolucion,» por Huelves.—

«La Alhambra,» por Garay.—«Estudios morales,» por G. de Alva.—«Inocencia,» por Valentino.—«El marqués de la Ensenada,» por Mondejar; y una revista de Madrid.

La vanidad.

Yo conozco un pobre diablo que es un ente y naná mas y por viejo de provecho quiere á la fuerza pasar. Vanas esperanzas tiene, vanas ilusiones ha, vanos propósitos sueña, vanos avisos le dan.

Aunque sirve de monete á toda la vecindad, aunque mas cuatro veces, compasion llega á causar, y aunque hace papel de estraza, contento de hacerlo está porque piensa que está haciendo papel de primer galan.

Es inútil predicarle que, aunque su vicio es fatal ni lo puede, ni lo quiere, ni lo sabe remediar.

Histórico.

A una mujer nada fiel su buen esposo adoraba y cuando ausente se hallaba jamas se acordaba de él. Sin embargo, poco diestro á su mujer escribía y en vez de firma ponía: «El menor marido vuestro.»

Teatro.—En la noche del 28 del anterior hubo en el de esta capital una variada y amena funcion, poniéndose en escena las zarzuelas *El loco en la guardilla*, *Una vieja y Un cocinero*.

La ejecucion de la primera fué bastante mala. Solo el Sr. Garcia, actor que se hallaba de paso en esta capital y que desempeñó el papel de Lope de Vega, agradó al público.

El Sr. Monteagut hizo loables esfuerzos en el suyo, pero este era muy superior á sus facultades como actor. De la señorita Albini nada queremos decir, y creemos que nos lo agradecerá.

En *Una vieja*, la señorita Albini trabajó con conciencia y logró hacerse aplaudir. Lástima que no se caracterizara como debia.

—El tipo que quiso fingir el Sr. Serra fué á no dudar el de una vieja simpática por todos conceptos, que en algunos momentos hiciera olvidar su edad, y no el de una vieja excesivamente jorobada, que á primera vista ningunas simpatias inspirase.—Esperamos que si la señorita Albini vuelve á hacer este papel, no dé el olvido estas indicaciones que le hacemos con la mejor buena fé; y con esta misma le decimos que cuando despojándose de su disfraz se presentó vestida sencilla y elegantemente, agradó mucho.

El Sr. Castillo en esta obra tuvo muy buenos momentos.—Este artista puede ejecutar en el canto mas de lo que hace; bueno es que lo tenga presente.

El Sr. Monteagut estuvo bien en su papel. El Sr. Atilano, segundo baritono de la compañía, hizo el de pintor de una manera de que no lo creiamos capaz, teniendo en cuenta el carácter que tiene en aquella. Este jóven tiene una voz agradable, aunque de poca intensidad; declama con bastante naturalidad y se presenta en escena sin encomiamento. Como ahora principia su difícil carrera, creemos que si estudia y tiene fé conseguirá legítimos triunfos.

La zarzuela *Un cocinero* escrita con chispeante gracia fué oida con muchísimo agrado por la concurrencia. Su ejecucion, confiada á la señorita Peláez y á los señores Atilano, Diez y Granados, y cuerpo de coros, fué en general medianamente. El Sr. Diez apenas sacó partido de su cómico papel.—Le aconsejamos que lo estudie mejor para cuando la obra se represente otra vez.—Los versos de cierto metro no es posible decirlos—se entiende si no se quiere destrozarlos—entregándose por completo al apuntador.

Con una escasísima concurrencia se ejecutó en la noche del 1.º por las Stas. Albini y Peláez y los Sres. Castillo y Diez la zarzuela *Relámpago*, que tuvo un éxito regular.

—No es extraño que los artistas trabajaran con desaliento, viendo que tan poco numeroso era el público que asistia al espectáculo; y por esta circunstancia, indulgentes en extremo, no haremos mencion siquiera de algunas cosas de la señorita Peláez.

Fabulilla

Hubo, señores, un ratoncillo en una casa de milugar, hijo de viuda madre mi mosa que se afana por él no más

—116—

—Escuchadme, señor marqués, es preciso no aborrecer aquella pobre niña; era una cabeza de fuego y un corazón demasiado exaltado; pero he aquí lo que ha sucedido.

La noche en que murió, yo velaba cerca de ella con mi muger; llamó á esta y le dijo que le quitase el pequeño cordon de cabellos que llevaba al cuello; despues me hizo una señal para que me aproximara.

—Próspero—me dijo, vos entregareis esto á Mr. Stern; decidle que no sea ligero y cruel para otras, coma lo ha sido para mi: yo le envio este lema; que llegue á ser el suyo, y algun dia, él llegará á ser un hombre distinguido y bueno; estoy seguro de ello.

Entonces me entregó este medallon, este cordon de cabellos y este alfiler, y una hora despues espiraba murmurando en voz muy baja.

—«Lo que se quiere se puede...» escepto ser amada... Amada, amada... repitió todavia; y despues todo acabó.

Leoncio cayó de rodillas y derodillas recibió aquella memoria de un amor tan puro, tan inaudito. Durante dos horas, sus lágrimas corrieron en abundancia: cuando estuvo mas calmado, Próspero le abandonó.

Desde aquel dia, Leoncio se encerró en su casa y no apareció mas en ninguna parte.

Todos los que le conocian se asombraron de este

—113—

—¿Por qué os retirais al fondo del palco? Se diria que tenéis miedo.

—No finjais celos en los cuales yo no creo.

—Pero si no se os conoce, no hay porque tener celos.

Stern se inclinó fuera del palco, y vió á Elisa escuchando á dos jóvenes que conversaban y al parecer se ocupaban de él.

De pronto Elisa levantó vivamente la cabeza y miró á Stern con un espanto indecible, como si se acabase de decirsele:

«Aquel hombre es el verdugo.»

Leoncio recobró su posicion primitiva sin atreverse á saludar á Elisa, por no esponerla á las miradas insultantes de su querida, pero quiso salir.

—Si vos abandonais mi palco le dijo esta, doy un escándalo; vos conoceis aquella muger.

Por un instinto particular, Stern habia adivinado lo que acaba de pasar á algunos pasos de él.

—¿Con quién está la señorita N? habia dicho uno de los dos jóvenes.

—¿Con quién? Con su amante el marqués de Stern.

—¿Hace mucho tiempo que lo es?

—Ocho dias todo lo mas.

Stern no habia oido ni una sola palabra de este dialogo; pero lo habia leído en la mirada que Elisa le digiera.

Seccion de anuncios.

COMPANIA DE SEGUROS MUTUOS.

PATERNAL

BETICA

sobre la vida.

Contra incendios.

Autorizada por real orden de 2 de Julio de 1860. Centro directivo en Sevilla calle de la Cuna, núm. 40. Al frente de ellas se encuentra un Junta de Gobierno ó vigilancia, compuesta de socios de reconocido arraigo, y del delegado del Gobierno que interviene todos los actos de las compañías.

PATERNAL.—Número de suscritores, 4.078, capital suscrito 22.995,900: Depositado en el Banco, 5.652,000.

BETICA.—Número de suscritores, 3466: capital social, 683.113,612 reales vellon.

El Subdirector principal y Banquero de estas compañías en las provincias de extremadura, lo es D. Agustin Hurtado de Mendoza; donde la ea la tiene establecida en esta ciudad, calle de Alamo, núm. 37, están de manifiesto los prospectos y estatutos de esta compañías.

Se vende á plazos la ganadería lanar, vacuna, de cerda, yeguar y cabria, con sus correspondientes sementales, de la propiedad del señor don Francisco Villanueva.

Asi mismo se arrienda, por el tiempo que se estipule, á pasto y bellota, la dehesa de Mampolin, término de Olivenza, por cuartos ó á la redonda.

Tambien se arrienda la dehesa del Rincon, en el mismo término de Olivenza, bajo las condiciones que presentará su dueño que lo es, como de la anterior finca, el espresado señor Villanueva, á quien podrán dirigirse las proposiciones en esta villa.—Higuera de Vargas 23 de Febrero de 1866.—José Diaz Romero.

En el almacen de curtidos de la calle de Mesones núm 10 se ha recibido un abundante surtido de tripa de vaca de superior calidad 4r. reales mazo.

CHOCOLATE

DE

LA COMPANIA COLONIAL.

En la casa comercio de Antonio Alvarez, calle de San Juan número 15, se ha establecido un depósito de toda clase de chocolate de dicha compañía, el cual fué premiado en la esposicion de París.

Precios, de 5 reales libra en adelante.

AVISO INTERESANTE.

Por la Direccion general de la Sociedad el Porvenir de las familias se han remitido á esta subdireccion los recibos de anualidad del año actual. Los señores suscritores pueden recogerlos del señor don Nicomedes Navarrete, en esta capital, calle de la Sal núm. 1.

Las circunstancias ocurridas con motivo del cólera han retardado las operaciones y por consiguiente el envio de los recibos; quedando por esta razon relevados los suscritores del pago por suplementos verificando los pagos en todo el presente mes.

La esperiencia en los años anteriores y especialmente en el último ha venido á demostrar el poco resultado que ofrecen los encargados para el cobro de aquellos en las cabeza de partido, y por esta razon y la de ofrecerles igual facilidad se espera de los mismo lo verifiquen en esta capital.

EL MARQUES DE VILLENA.

Almanaque de fisica recreativa por D. Rafael Santisteban: 2 rs. almanaque del primitivo Zaragozano; 6 cuartos. Tablas por el sistema de es-cudos, de subdivisiones de sueldos, asignaciones, haberes, salarios, seteros, cesantias y jubilaciones, en mensualidades segun los dias de cada mes: 14 rs. libreria de Fonseca, Padres núm. 28.

PILDORAS DE MONSERRAT.

Por el Doctor Font y Ferrés.—Unico depósito autorizado en Estremadura Badajoz, Drogeria, de Don Federico Pesini, San Juan 40.

Imprenta de Arteaga y compañía, Magdalena 3

Cuanto pillaba se lo traia: queso y chorizo, frutas y pan vida no tuvo mas regalada ni el rey Asiria, Salmanazar.

«Madre, decia, mucho te quiero pero me aburre la soledad: solo no habito: justo es que vea sala y cocina, huerta y corral. Deja que salga, y andélo todo: llegue mi dia de libertad: si encarcelado mas tiempo vive tu ratoncillo se morira.»

Rindese al cabo la debil madre con prudente benignidad:

«Marcha le dice; no vayas lejos vuelve al instante que oigas pisar mira que hay perros, mira que hay hombres que se divierten haciendo mal; mira que el gato fiero enemigo como te atisbe te comerá.»

«Madre, no temas, él la responde; nadie me engaña, soy muy sagaz; voy á ese hueco de la ventana por donde viene la claridad, ¡Que de placeres ya me figuro!

¡Que cosas luego te he de contar!

Anda y prevenme rica merienda, y hoy celebremos fiesta cabal.»

Era una huerta donde á la sombra se solzaba don Mirrimian,

gato famoso, que de ratones libre tenia la vecindad.

«Compañerito, dice al novato, pasa adelante sin recelar:

mas tu á tus anchas que en tu agujero por esas calles discurriras.»

Dulce sonaba la voz traidora, dulce era el rostro del perillan.

Cede al engaño nuestro curioso, y á su verdugo vase á encontrar.

Da un brinco un gato, bufa con ira, y uñas y dientes binca voraz

gen la garaanta del ratoncillo, y se le engulle sin resollar.

Al que no tenga de esperiencia el don, le puede suceder lo que al raton.

¿En país vivimos?—Hace algunas noches se estuvo limpiando un pozo negro de la calle de San Blas y vertiéndose su contenido en medio de esta.

No hay para qué decir que se estendió por dicha calle y las inmediatas, un perfume delicioso.

¿Y la autoridad, cómo consiente estos desmanes? ¿No tiene noticia de ellos? Y si la tiene cual creemos ¿Cómo no les pone el oportuno correctivo? Vivimos en una aldea ó en la capital de la provincia?

Veremos, Sr. D. Celestino, si adopta Vd. alguna providencia en vista de la denuncia que acabamos de hacer.

Ultima hora.—Hoy volverá presentarse en escena la señora Cuarenta en la zarzuela Catalina.

¡Qué valiente es la Sra. Cuarenta! Bien por ella.

Esperamos que el teatro estará muy concurrido.

Editor responsable, A. MARQUEZ PRADO.

—114—

Cuanto hubiera celebrado el poder ir cerca de ella! mas no se atrevia; le sujetaba una cadena infame. No obstante no quiso subir.

—Si vos entráis en el palco de esa mujer, dijo su querida, voy á abofotearle delante de vos. Después añadió con aire desdenoso:—Eso debe ser la grieta de San German.

Sterny hubiera con mucho gusto abofeteado á la bailarina en aquel momento; pero era preciso ceder; no pudo hacer otra cosa que llevar á su leona á su casa, y en un acceso de rabia insensata, rompió cuanto halló á mano: cortinas, porcelanas, muebles: como no podia pegar á la bailarina, le hacia todo el mal posible, arrancándole todo lo que le habia regalado.

Leoncio volvió á su casa furioso.

Eldia siguiente fué á casa del señor Laloine: se le manifestó que estaba en la campaña con toda su familia.

—Vamos, se dijo Sterny, soy un bestia: habré habido una escena de palpitaciones y la bella se ha ido á pasearse el dia siguiente mientras que yo.... En verdad yo me vuelvo un bruto.

Algunos dias despues, á fuerzas de locuras, mas grandes que todas las que antes habia cometido; gracias á una corrida donde se hirió, y de la que se ocuparon los peridicos, á una apuesta de mil lises que perdió, á una série continuada de orgias

—115—

con las cortesanas mas impúdicas, habia llegado á no pensar en Elisa; y sin embargo, algunas veces aquella dulce y blanca figura parecia presentarse á sus ojos, pero pálida, moribunda, desolada, mirándole con desesperacion, como si ella le reprochase el estarse perdiendo, y el haberla perdido.

Esta imagen se le llegó á aparecer hasta en su sueño, y cuando él soñaba todavía, una mañana, sin embargo de estar despierto, se le anunció á Próspero Gobillou, el cual entró con un aire triste que revelaba una gran pena.

Leoncio le dijo:

—Teneis el aire bien triste, Próspero, á pesar de ser un recién casado.

—Oh! es que ha habido una desgracia en la casa, dijo Gobillou; vos los sabreis bien, aquella pobre Elisa.

—¿Qué? Que decís de Elisa, exclamó Leoncio espantado.

—Próspero le mostró el crespón de su sombrero.

—¡Muerta! exclamó Leoncio dando un grito terrible.

—Muerta, dijo Próspero, muerta como una santa.

—Oh Dios mio! Dios mio! exclamó con un grito que espantó á su interlocutor; muerta sin que yo la haya vuelto á ver... eso no es posible... muerta!

—Ay, si, ahora vengo de su entierro, y os traigo su última voluntad.